



REVISTA DE ARAGON

CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, calle de Torressecas, núm. 5, principal; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Meneadez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *La Provincia*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.—BARCELONA: Señores Teixidó y Parera, Pino, 6.—ATECA: D. Demetrio Ortega.—CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.— Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá *expresamente* al Director de la REVISTA DE ARAGON, calle de Torresecas, 5, principal, Zaragoza.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 >	18 >	32 >
Números sueltos, cincuenta céntimos de peseta.			

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta	60	Cuarto de página . . . 16
Media página	30	Octavo de id. 8
		Dieciseisavo de id. . . 4
En la última página de la REVISTA, á precios convencionales.		
Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de <i>quince por ciento</i> ; si de seis á ocho veces, una de <i>veinticinco por ciento</i> , y de nueve en adelante, una de <i>cuarenta por ciento</i> .		
Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del <i>diez por ciento</i> .		

CRÓNICA ARAGONESA.

Lectoras y lectores: héme con la pluma en la mano y con la peor voluntad del mundo para escribir una Crónica aragonesa, despues de haber estado ausente de la S. H. no cortos días, durante los cuales se han sucedido los acontecimientos con inusitada rapidez y animacion vertiginosa.

Al regresar de la córte (donde, entre otras fortunas, me cupo la de abrazar á amigos muy queridos, y de asistir á la representación de una obra dramática original de mi estimado compañero Mário, en cuyas escenas, como inspiradas por la sangrienta musa de Echegaray el Grande, las emociones fuertes y los cadáveres son parte principalísima para que el público estalle en aplausos y anhele saludar al autor) me encontré con una verdadera balumba de noticias y de sorpresas, con dos números del *Chin-Chin*, satírica publicacion que vé la luz *cuando las fuerzas de las circunstancias lo exigen*, y con que... no se ha reparado todavia un nuevo número de la REVISTA.

* * *

Esto último, recordando mi calidad de diablo, púsome—y perdonen la vulgaridad de la frase,—de negro humor, de un humor endiablado, y díme á indagar las causas de tan extraño eclipse. Ocupaciones perentorias é ineludibles que han venido agobiando á Valerio y á Saldubio sin dejarles punto de *respiro*, han hecho que yo me encuentre hoy en el trance de escribir una Crónica á vuelapluma, y de impetrar de la benevolencia de mis lectores un poco de caridad hácia los innumerables dislates y deslices que, sin duda alguna, van á brotar de la misérrima pluma de Cojuelo.

* * *

Orden ante todo, pues me precio de *conservador*, aunque liberal. Debo dar cuenta, por lo tanto, si

bien *sintetizando*, del banquete ofrecido á Concepcion Jimeno por varios periodistas y admiradores de la inspirada escritora aragonesa. Del *servicio*, espléndido, nada tengo que decir. Basta consignar que el Sr. Fortis estuvo *á la altura* de las circunstancias y de los deseos de nuestro incomparable colaborador D. Agustin Peiro, que, á guisa de maestro de ceremonias, consiguió que el éxito más completo coronára sus laudables esfuerzos, ofreciendo verdaderas maravillas á la vista y al paladar de los comensales.

Pero como todo tiene un fin, llegaron *los postres*, y el espumoso vino aristocrático que desde las fértiles campiñas francesas llega despertando la alegría en los rostros más taciturnos, saltó en dorados raudales, haciendo brotar la inspiracion que latía en el lecho insondable de alguna mente febril y de no pocos corazones ardientes.

Baldomero Mediano improvisó una preciosa quintilla; Severino Alderete pronunció elocuentísimas frases; los Sres. Girauta y Gonzalez rindieron tambien un noble tributo al talento; el señor Sancho y Gil dejó correr su imaginacion oriental en un verdadero diluvio de perlas; don Agustin Peiro hizo gala de su erudicion y de su inimitable gracejo; á *Cojuelo* le cupo el honor del leer una bellísima poesia de Pilar de Cavia, cuya modestia es tan grande como su mérito, y de recitar algunos versos originales, tan *cojos* como todos los suyos; el Sr. Flaquer dió en sentidas frases las gracias á los comensales; el Sr. Lopez del Plano pronunció algunas palabras no ménos bellas que oportunas, y por último, Concepcion Jimeno, el astro de tantos satélites, leyó magistralmente algunos capítulos de esa joya llamada *La mujer española*, que le valieron entusiastas aplausos y lisonjeros murmullos de admiracion, siempre creciente y siempre merecida.

* * *

Algunos van á tacharme de poco galante ó de falto de memoria... *sin razon*; pues, recordando que los *últimos serán los primeros*, he guardado para coronar estas líneas algunas flores de delicado perfume, arrancadas al jardín del sentimiento y del cariño. Hé aquí las hermosas frases que dedicó á Concepcion Gimeno una entusiasta amiga, una distinguida dama:

* * *

UN ADIOS Á CONCEPCION.

Adios, Concha; mañana quedarán tus amigas privadas de tu presencia, pero el recuerdo impedido de las cortas horas que á tu lado hemos pasado, no se borrarán de nuestra memoria; nuestro corazon guardará avaro, las emanaciones que han brotado de tu imaginacion, que cual brillante lumbrera, nos marca en tu porvenir una palabra radiante: ¡inmortalidad!

¡Cuán triste es la separacion despues de haber pasado junto á tí tan hermosos dias, breves cual la felicidad!

Siempre he adorado las delicias de mi hogar por albergar éste séres amados; mas despues de haberle honrado con tu presencia, lo veneraré como un templo, por haber sido humilde testigo de tus triunfos. En tu ausencia, creeré que la atmósfera que me rodea contiene el hálito de tu alma, que repite como un eco inestinguible los últimos acordes de tu voz, que nos elevan en dulce espiral al cielo de la poesia.

Débil es mi criterio para apreciar los conocimientos que posees, pero mi corazon se conmueve al escuchar la lectura de tus brillantes escritos, realzados por la armonía de tu voz, que se asemeja en lo dulce, al roce producido por las nacaradas perlas de un collar, al besar el cuello de hermosa virgen.

Dotada de escasas facultades intelectuales, jamás creí poderte comprender, mas con la magia de tu genio, me elevas á unos horizontes, á los cuales nunca soñé llegar.

No envidias en tus sueños de ambicion á Cervantes, Sakespeare, Calderon y otros muchos, pues tu nombre, cual los suyos, pasará á la posteridad y brillará en las doradas hojas de la historia.

Tú, cual las perlas del mar, te distingues por la modestia; aquellas ocultan su belleza entre dos hojas de nácar, temiendo manchar su pureza al percibir la mirada, como se esconde la violeta entre el mullido césped; mas la violeta no puede ocultar su perfume, como tú no puedes ocultar las esencias de tu talento.

Sigue la brillante senda que tu destino te ha trazado; recoge á tu paso los lauros que con justicia ofrece el mundo á tu talento y á tu virtud, y al oír tu nombre, proclamado por la fama, los hijos de Aragon exclamaremos entusiasmados: «Ese ídolo que adorais es nuestra hermana Concepcion!»

TERESA Z. DE BENEDICTO.

Zaragoza 20 de Abril de 1880.

* * *

Pocos dias despues del acontecimiento referido, obsequió á sus numerosos amigos con un *té de confianza* D. Mariano Higuera, cuya discreta esposa, D.^a Rosa Alberola, hizo los honores con la suprema amabilidad que le distingue. El objeto de tan agradable velada fué honrar una vez más á la insigne autora de *La mujer española*, que, sin duda, se habrá llevado un recuerdo iudeleble de su corta cuanto lisonjera permanencia en la culta ciudad de Zaragoza.

* * *

Zaragoza protestó, como cumplía á sus hidalgos sentimientos y á sus venerandas creencias religiosas, contra un inicuo atentado de que no era responsable.

Cuantos acudieron á prosternarse ante la sagrada Imágen de que se siente orgulloso el noble suelo aragonés, pudieron convencerse de la verdad de nuestro aserto, al escuchar los aplausos con los cuales les saludaba la poblacion que presenció aquel Rosario que, aun siendo vespertino, hubiera podido terminar como el famoso de la *Aurora*, sin la serenidad y cordura de los concurrentes á tan solemne acto religioso.

* * *

Ha llegado el momento de interesar á las almas generosas, que afortunadamente abundan en este heróico pueblo, en favor de los desgraciados. El Jalon, al desbordarse, ha sumido en el infortunio á multitud de modestas familias á quienes sonreía la felicidad sobre una de las comarcas más bellas y feraces de España.

Los que enjuguen una lágrima, los que devuelvan el bienestar perdido á tantos infelices como gimen en brazos de la desdicha, recibirán las bendiciones de muchas madres desoladas, cual galardón inestimable, cual merecida recompensa.

¡Tenga Dios piedad de tanta desventura!

Y tambien el *Gobierno*.

* * *

Como la vida está llena de contrastes, y junto al dolor fulgura la alegría, y el tallo cubierto de espinas sostiene el cáliz que encierra aromas, no me pondré en pugna con el buen sentido, ni con el sentido comun, al consignar, despues de hacer un llamamiento á los sentimientos caritativos de Aragon hácia muchos de sus hijos, el triunfo de la señorita Ida Lumley en *Un ballo in maschera*, para tributar al adorable *Oscar* un aplauso merecido, y al agradecer á *El Chin-Chin* que haya llamado ilustrada á la REVISTA en un pais de *tan pocas ilustraciones*, segun asegura el chispeante colega, á quien saludamos fraternalmente, y á quien recordamos que es indiscutible muestra de aquello mismo que trata de negar, ó que se empeña en no reconocer.

* * *

Cosa nunca vista hasta ahora es el telegrama, verdaderamente monstruoso, remitido á América, conteniendo el discurso de Castelar, del sublime artista de la palabra, del orador-poeta, del glorioso tribuno que nos envidian los extranjeros, al ingresar en la Academia Española.

Los norte-americanos leían, pocas horas después de pronunciado, el brillantísimo discurso de un genio español.

A estas horas... ¡cuántos españoles habrán... dejado de leerlo!

* * *

El Sr. Ortega y Munilla ha honrado con su visita á varios de mis estimados compañeros. ¡Agradable sorpresa que es de agradecer! Deploro, siento vivamente no haber tenido el honor de saludar al *afiligranado* revistero y al joven novelista, cuyas producciones saborean los ingleses, vertidas á la lengua de Byron.

* * *

Y á propósito: en el último «Lunes de *El Imparcial*» hallé una frase que ignoro si habrá sabido á miel á las bellas madrileñas. El Sr. Munilla las llama, para ponderar los estragos que causan entre el sexo fuerte, *Pancha-amplas del amor*.

Aquí tendríamos, ¡oh bellas! que llamaros *Cucarachas*.

* * *

Y acaso no les sentaría bien: con permiso del Sr. Ortega Munilla, cuyas *filigranas literarias* soy el primero en admirar, reconociendo en ellas el sello luminoso de un ingenio fecundo, privilegiado.

* * *

Otra sorpresa agradable.

Leopoldo Cano, este nombre ilustre, figura desde hoy en la lista de nuestros colaboradores.

No há muchos días tuve el gusto de saborear una redondilla que tan preclaro númen estampó en el álbum de una inspirada poetisa aragonesa. Héla aquí (la cuarteta), tal, si la memoria no me es infiel, como está escrita:

«Nunca en el mundo verás
Un alacran sin veneno,
Ni un crítico que halle bueno
Lo que escriben los demás.»

¡Admirable redondilla, que, á pesar de su *redondez*, se clava aguda como un puñal!

* * *

He hablado de Mario, y este nombre me recuerda un *hecho histórico*, que acaso no conozcan mis lectores y que servirá de *finis coronat opus* á este *delito consumado* de Crónica.

Un sabio catedrático, cuya temprana muerte lloran todavía las letras españolas, hizo la siguiente pregunta á un señor *examinando* que brillaba por su erudicion maravillosa:

—¿Qué sabe V. acerca de Mario y Sila?

—Que Sila... fué *esposo* de Mario.

—Señor mio: si hubiera V. dicho que Sila fué *esposa* de Mario, acaso el descubrimiento le habría á V. valido la nota de sobresaliente; pero el asegurar que Mario fué *mujer* de Sila, le vale la de... *suspense*.

COJUELO.

EL RAMO.

(CONTINUACION.)

III.

Cierta noche contemplaba D. Luis desde uno de los torreones de su castillo la bóveda estrellada de los cielos. En la casa de la jardinera vió abierta una ventana, alumbrada por una luz, y una mujer recostada en ella, que separando con la mano, de su frente las largas trenzas de sus cabellos, conversaba con un hombre, que divisábase en el jardín iluminado éste por la luna, los luceros y el azul del firmamento. En este claro-oscuro, distinguió Cerdan un perfil purísimo, encerrado en ondas negras de una hermosa cabellera y reconoció á Justina en la figura destacada sobre el fondo luminoso de la ventana que alumbraba la lámpara de la habitacion. Sin percibir sus palabras, oyó la entonacion de la voz del que habia en el huertecillo, y convenciése de que era de Jacinto.

Las estrellas empezaron á desaparecer y la alborada á platear el cielo: la suavísima bendicion de Dios que desprende el pico de la alondra y la plegaria amorosa que sólo sabe pronunciar la arpada lengua del trovador de la noche, se confundieron.

—La aurora se acerca, y es honesta.

Dijo Justina.

—Adios.

Exclamó Jacinto.

La joven cerró la ventana y el mancebo alejóse del jardín.

D. Luis bajó á su aposento, sintiendo el frio tirano que hiela, abrasa y anuncia que anochece en el alma.

IV.

Para adivinar las pasiones del soldado aragonés, conviene conocerle. Era D. Luis hombre de ardoroso y dañado corazon, de fuerte carácter, de exaltado temperamento, rudo, valiente, emprendedor, soberbio.

Dotado de varonil hermosura, su natural orgullo tomaba esta fortaleza de su forma, para imaginarse desde ella, superior á todos. Huérfano, unigénito, soltero, descansaba de las duras fatigas de los campamentos, acariciando su pasion exaltada y furiosa por Justina. ¡Pasion exaltada, que tenia toda la fuerza de los códigos que rigen el mundo, y en la cual concentróse todo el vigor de aquel carácter, toda la intensidad de sus deseos! ¡Pasion aquella!... ¡amor aquel! en el cual encontraba horas de delirio, de alegría y horas de desmayo, pues los ojos de la joven eran para D. Luis dos lagunas de fuego y nieve á un mismo tiempo. ¡Amor aquel, próximo á constituir el más vergonzoso de todos los vicios... ¡como que Cerdan era un hombre-sensacion!

Siendo éste el hidalgo, fácil será adivinar las pasiones que brotarían en su corazón la noche en que sorprendió las enamoradas pláticas de Justina.

Su primer pensamiento fué aborrecerla, burlarse del sér, objeto de sus ansias. Buscó en aquella mujer todos los defectos imaginables, pero la imagen de ésta surgió en la mente de D. Luis; la voluptuosidad abrasó la sangre, salióse de madre su pasion; tornó la vista á la niña que le habia robado el sér, á la niña que él encontraba en su conciencia, en su pecho, en su imaginacion, y el goce, el goce á toda costa le hizo su vasallo. En la satisfaccion de su deseo veía la satisfaccion de sus celos, la reparacion de su amor humillado, la calma de sus delirios.

Enardecia su sangre en imaginaciones amorosas, y dispuesto á romper cuantas vallas pudieran oponerse á su soberanía sobre el objeto de su amor, soñaba en pasar al corazón de su amada el veneno del suyo, en... aquello que sueña un esclavo de la carne que rompe amistades con el cielo y con la tierra.....

V.

Uno de los días más bellos del año, uno de los días en que parece haber nacido la poesía y que convidan al hombre al regocijo, á unir sus ideas á las creaciones de Dios, como una nota más de la universal armonía, es el de San Juan en esta tierra de Aragón. Sus crepúsculos, son serenos, su mañana, es trasparente como aquella en que viese el Guido su *Aurora*... la carroza de luz del sol presidida por la jóven y divina Iris, la danza de las hermosas y felices ninfas que la florida paleta del gran pintor desprendiera, sobre el giron del manto de rosas del alba que conserva el casino de los Rospigliosis; su tarde, henchida por el chirrido de la cigarra, recuerda la risueña existencia y el gozo de los antiguos dioses.

En ese día, la primavera saluda ántes de marcharse, al verano que llega, *ceñido de rosas y de púrpura*, como diría la lira de Rioja, la lira más amada de las flores. En los campos, se cimbrean el lino y el cáñamo; sobre la dorada espiga surge la roja amapola y sobre cada planta de maíz un sedoso espigón; truécase el color verde del trigo en el color del ambar; canta el ruiseñor preciosísimas baladas, cuyo tierno estribillo de notas vagas expresa la viudez gloriosa del amor de Heloisa ó el dolor que imprimiera en el alma de Dante la misteriosa y bella Beatrice, coronada de siemprevivas; la calandria entona sus himnos matinales; la codorniz, el mirlo, saludan la naturaleza en inspiradas trovas; el cielo está azul como el mar cuando amanece; el sol bendice la íntima union y amabilidad en que vive lo criado, prestándose matices, esencias, música y movimiento; grupos pintorescos de labradores embellecen la campiña; y en las aldeas hay una animacion desusada, oyéndose por doquier risas... risas de las muchachas que vuelven de la fuente, risas de las mujeres y chiquillos que regresan á su hogar con haces de romero, risas de los hombres reunidos en las plazas y esquinas de las calles. Por éstas discurren las músicas, y al son de las bandurrias y guitarras, cien voces recuerdan al moro que robó á la bella infantina cristiana en otra noche igual á la pasada, ó al guerrero de la Cruz, que en una madrugada de San Juan, logró su anhelo con la princesa más hermosa que ha adorado al Profeta, ó las tristezas, las persecuciones de aquel árabe Aben-Jot, que en el último tercio del siglo XII, hizo sonar en las fértiles orillas del Turia, los aires de una música que el pueblo repitió bien pronto con entusiasmo, en los brindis de sus regocijos, en la celebracion de sus triunfos, en las fiestas nupciales, en los actos todos conmemorativos de recuerdos gloriosos, ó alegres, y que desterrado por Muley Tareck, fué á Calat-Ayud á recrear el oido de aquellos moradores con las cadenciosas notas del *Canario*.....

Benditos sean tus verbenas, tus romeros, los colojos de amor que protejes, los galanteos que inspiras, ¡día de S. Juan! Bendito seas tú, porque tu mañana es una fiesta gallarda y encantadora, el poema de la juventud de los días, de la niñez perpétua de los años, de la repetida adolescencia del mundo; porque inspiras una poesia de sublime melancolía á fin de que todo entone un himno al Criador, á la hora en que el rey de los astros, ocultando su corona detrás de los picos de las montañas, pone á las agujas y rotas pirámides de las cumbres un fondo de púrpura y topacio, á la vez que hiere oblicuamente los cèrros y campa-

narios desde el limpio círculo trazado por doradas nubes que parecen cortinas de un sagrario abierto en las alturas para ofrecer á las adoraciones del orbe, una hostia de fuego gigantesca.

El día 23 de Junio del año..... el pequeño valle donde se encontraba la aldeita de D. Luis Cerdan estaba hecho un paraíso. Brillaba el cielo, con ese azul de España, superior al del mar de Italia,—maravilloso espejo de pedrería rodeado de jardines—... el sol doraba las alturas y se reflejaba en las aguas que parecían de un líquido luminoso y trasparente, donde se formaban iris y cambiantes primorosos. Las peñas más erguidas de los vericuetos relucían cual si fuesen de oro ó de cristal, y relucían también los vidrios de las ventanas de un remoto santuario. Guirnaldas de diversos matices, resultado, al parecer, de una florescencia misteriosa de la luz, tendíanse por doquiera, como símbolos del desposorio de los séres. Las yerbas y flores silvestres de las alamedas ó de las orillas de las acequias vertían generoso perfume, y los árboles en flor y bosquecillos de camelias, de heliòtrops, de claveles, de acacias, de lirios, de madre selva, de lilas, de rosales, embalsamaban el aire impregnándolo de suave fragancia. Las aves regalaban el oido de Dios con sus orquestas, mientras que el pino esparcía su agradable olor en la *Cima de las Cruces* ó sobre la Roca del *Altar*, nombres sencillos con que se conocen aun ciertos sitios de aquel paisaje, y que muestran que el hombre, en medio de la soledad, busca en todos los objetos la imágen de los que le son familiares y coloca por doquier sus consoladores recuerdos.

Sobre una loma que limita el horizonte por el Sud, entre algunos nogales, habia una ermita y una fuente en el centro de un círculo de azucenas. A esta fuente del ejido iban las mozas solteras á lavarse la cara para que fuese fiel el novio á la que le tenia, y para que á la que no le tenia le saltase. Al cerro subían las muchachas y los niños á cojer verbena, ramos de romero ú otras plantas, para hacer sahumerios mágicos, y allí cantaban alegres canciones, sobre todo las que podían lucir en las trenzas rosas del ramo de la madrugada.

¿Sabeis lo que es el ramo de la madrugada de san Juan? La carta de amor más bella que jamás se ha escrito: una poética costumbre que aun subsiste entre los honrados hijos de los pueblos y ciudades de Aragón, y que tiene lugar en la llamada *rondalla de la promesa*.

En la noche de la víspera de S. Juan, reúnen los mozos con guitarras, bandurrias y panderos y cantan frente á la puerta de la casa de sus novias respectivas:

Morenita de mis ojos,
Morena la de ojos negros,
Ya sabes que por tí vivo,
Ya sabes que por tí muero.

A veces, una voz inspirada por amor profundo, dice:—

Diez años despues de muerto
Y de gusanos comido,
Letreros tendrán mis huesos
Diciendo que te he querido.

Y los instrumentos se duelen, lloran, materialmente lloran; ó sollozan con amargo sollozo; ó sonando con una melodía de santa y deliciosa tristeza, dicen:

Tú eres mi primer amor,
Tú me enseñaste á querer,
No me enseñes á olvidar
Que no lo quiero aprender.

O tocando un tono, el más alto, acompañan á decir:

Con ese pañuelo rojo
Vas declarando la guerra:
Yo que quiero ser soldado
Siento plaza en tu bandera.

Y el espunteo de las guitarras sigue expresando todas las emociones del alma apasionada, y las bandurrias y el pandero se animan con la villana jota que entonan los enamorados mozos.

Entretanto, un jóven se acerca á la pared, dobla el cuerpo; á sus espaldas sube un compañero; sobre los hombros de éste se coloca el novio, y deja un ramo de flores en la ventana de la habitacion donde duerme su niña. La jóven, para demostrar su constancia y su fidelidad, lo rocoge cuando la alondra hinche el amanecer con melancólicas plegarias, y el más puro carmin sube á sus mejillas, al leer en aquellos pétalos el amor inextinguible ó las esperanzas de su prometido.

Las flores han sido siempre protagonistas en las diversiones populares.

La rondalla termina á la hora de Misa Mayor y despues de ésta los jóvenes pasean por el pueblo el carro enramado, tirado por mulas bañadas antes de salir el sol, lo cual nunca olvidan hacer los alegres mozos, pues tienen la creencia de que en la alborada el agua adquiere la virtud de la del Jordan. ¡Gallarda fiesta! La preside el Ayuntamiento, y como dice un distinguido escritor paisano mio, (1) termina yendo á pisar algunas lindas parejas el dia de su matrimonio la piedra de la desposada en la *era del baile*....

Justina esperaba este dia en que se pide al amor la felicidad de amar, con la misma ansia que espera la colegiala el instante de salir del convento.

Si en su mano estuviera, ella aceleraría el paso tardo de las horas, sin comprender que los encantos del porvenir son á veces espejismos, y que el porvenir es casi siempre un esqueleto que la ilusion viste de flores.

En el porvenir veia Justina la felicidad, el ángel del amor señalándole los derroteros del cielo, centro del alma, mas no veia la cruz y la corona de pasionarias que llevaba ese ángel del amor en su mano sonrosada. ¡Extraña cosa la vida! Sólo el porvenir es en ella triste. El pasado es bello, porque en él crece la flor del recuerdo; el mañana tiene halagos, porque en él vive la esperanza. Y sin embargo, en lo porvenir todo es incierto. Lo único que de cierto guarda es la muerte. ¿Por qué no huir de él? ¡Ah! no. Debe buscársele porque la muerte es vida y la vida muerte. Quien lo busca, encuentra la vida en la muerte, dormida entre los pliegues del tiempo, con la dulzura que la blanca nereida en la azulada concha del Océano.

VI.

Una noche (la vispera de San Juan) caian las doce del reloj de la iglesia; los labradores gozaban tranquilamente las delicias del sueño, y toda la tierra parecia entregada al deleite en aquella hermosísima hora. El cielo sonreia con sus millares de astros, la luna miraba con amor á las estrellas, esparcía sus armoniosos rayos por la bóveda azul y plateaba la corriente del rio; los ruiseñores cantaban enamorados en las arboledas; el grillo, violinista de los campos, trovador de las flores, agitaba el plectro, sus elicitras sonoras; los gusanillos de luz relucian como carbunclos, y el ambiente estaba impregnado de la más suave fragancia. Todo vida, paz y placer en aquella poética noche, en aquella noche voluptuosa, en la cual parecia el firmamento un infinito jardin de flores diamantinas que rodeaban un mar de plata, y la tierra un grandioso pebetero.

D. Luis salió de su castillo y dirigióse hácia la casa de Justina. Abrió la puerta con una ganzúa, subió la escalera, entró en una habitacion, donde ardía una

luz, y escondióse tras las cortinas de una alcoba. Al poco rato apareció Justina y se sentó á coser.

Con sus sayas de color de oro, con su gracioso delantal, con su primoroso jubon, con sus trenzas caidas sobre la espalda, con sus zarcillos y collares, parecia una hija predilecta de la naturaleza. La alegría de sus ojos, el calor de su mirar decian que pensaba en aquel cuyo nombre pronunciaban con tanta dulzura sus labios.

Cerdan sintióse conmovido, ante la gracia, la perfeccion, la pureza, la seduccion de aquella niña. Salió de su escondite, y al dirigirse de puntillas hácia la jardinera, volvió ésta la cabeza y no pudo contener un grito de espanto.

El asombro y el terror dibujáronse en el semblante de la doncella, comprendiendo más por presentimiento que por raciocinio lo que habia de sucederle. Siguiendo un natural impulso, Justina hizo ademán de huir, pero la imperiosa mirada de Cerdan la detuvo.

Pálida como las estatuas funerarias, al salir de la sorpresa que le produjo la presencia del caballero, quiso gritar de nuevo. D. Luis se apresuró á tranquilizarla, acercóse á donde la niña estaba, le habló con cariño manifestándole que su corazon estaba lleno de una pasion y consagrado á un sólo sér; que este sér era ella.

—No es amor el que no entra de dia en mi casa y pidiéndome permiso para hacerlo desde esos umbrales.—Contestó la muchacha con energía.

—¡No es amor!... No lo discutamos. Sabe que soy tu esclavo, que mi alma es prisionera de tus ojos, que la pasion que por tí siento me abrasa sin consumirme, que por tu causa tengo voluptuosísimo dolor, que deliro por Justina... Sí, tirana hermosura, te adoro, y este amor....

—No prosigais, D. Luis. El rostro de Justina, nunca será abrasado por el rubor de la deshonra. Os habeis engañado, al no juzgar inquebrantable la honradez de mi pobreza....

—¡Justina!...

—¡Ni una palabra más! Salid presto de mi casa. Os ruego que no me enseñeis á aborrecer. No me priveis de la alegría de perdonaros y de agradecer vuestra generosidad!...

La muchacha se interrumpió. Tenia el rostro cubierto de grana encendida. Irguióse su cuerpo con altivez, sacudió la cabeza con orgullo, como diosa que deja la figura humana para tomar otra más propia de su virtuosa estirpe, mientras que sus ojos fulminaban rayos de indignacion.

Tan imperioso fué el ademan de Justina al pronunciar aquellas palabras, y tan imponente el silencio que vino en pos, que D. Luis de Cerdan estuvo á punto de obedecerla. Pero, fascinado por la belleza de la muchacha, que brilló á sus ojos cual nunca, en aquella hora en que estaba defendiendo su conciencia sin mancha, con un rubor purísimo y casto en las mejillas, alentado por la soledad y por los hechizos de la noche, el soldado aragonés apeló á todas las seducciones de su elocuencia, á todos los atractivos de su carácter, pintó su pasion con los colores más vivos y brillantes, mas la virtud de Justina, su repugnancia al vicio, su fidelidad á Jacinto salváronla de aquella tentacion, y el ángel no fué mujer pecadora.

—En mi alma, decia, se ha engarzado otra hace tiempo. En mi cerebro no puede entrar otra imágen que la imágen de Jacinto, ni hay en mi memoria más recuerdo que su recuerdo, ni en mi corazon otro afecto que su amor. No intenteis deslizaros en mi paraíso para deshacer y desvanecer mis encantos, porque no habeis de conseguirlo. Jacinto es la felicidad de mi existencia; la felicidad que me hace ignorar el placer é ignorar el mundo.

(1) D. Julio Bernal.

—¿Luego me condenas á eternos dolores?
—Os condeno. Aquel, es el esposo elegido de mi corazón.

—¿Me desahucias? ¿Me aborreces?
—Si os olvidaseis de mí, agradecería vuestro olvido; os aborreceré por toda una eternidad, si insistís en el loco empeño de que precipite en los abismos esta alma que recibí para engarzarla en el manto de Dios... Cerdán, compadecedme y huid de mi vista.

—No me iré, sin llevarme en una caricia, en un beso tu pureza, para que me recuerde eternamente mi amor.

—Antes que borreis de mi rostro la pureza, me arrojaré por esa ventana.

D. Luis apresuróse á impedir los intentos de la muchacha.

La jóven comprendió entónces que estaba vencida, que nada podia impedir que su cuerpo fuese herido, y como último recurso para arremolinar la voz de la conciencia en torno de aquella alma pervertida, se puso de rodillas, y cruzadas las manos, dijo llorando:

—Dejadme, ya que es mi único tesoro la honradez mia y el honor de mi familia, sagrado depósito que recibí de mi santa madre. No os negueis á esta súplica, pues la hago á nombre de una anciana que desde el cielo pide que ni mancheis ni oscurezcáis la pobre estrella de mi ventura.

Nada conmueve tanto como la lágrima de una mujer, si dentro contiene un ruego y el recuerdo de su madre. Esa lágrima es, nota sin palabras de un himno del cielo. Esa lágrima es un poema, tiene elocuencia divina. Esa lágrima apaga el fuego de las pasiones insensatas y se convierte en estrella del bien al caer sobre el alma más pervertida. Esa lágrima, al tocar el corazón más duro lo abre, humedece la voz y hace llorar... Pero D. Luis era un monstruo, y lejos de conmoverse al ver el llanto de la niña, hermosa como uno de esos ángeles de la Concepcion de Murillo que bañan sus alas en el azul del firmamento, ansiando conocer los secretos del amor de una criatura admirable, loco de voluptuosidad, en un instante de exaltacion extraordinaria, rodeó con sus brazos el talle gentil de la casta doncella, y cuando iba á imprimir lascivo beso en aquel rostro de serafin, oyéronse las bandurrias y el pandero de los mozos de la rondalla que entonaban en coro la jota más villana que ha producido aquel país.

Levantando la voz todo lo posible, cantaban:

Por tí me olvidé de Dios,
Por tí la gloria perdí,
Y ahora me voy á quedar,
Sin Dios, sin gloria y sin tí.

Justina, al oír la enérgica y animada jota, vió un auxilio en su agonía, un faro en aquella borrasca.

—¡Jacinto!... ¡Jacinto!... ¡Sálvame!

Gritó con ahogada voz.

La sombra de un hombre se dibujó en la ventana. Era Jacinto y llevaba un ramo de verbena en la mano. En vez de atarlo, saltó á la estancia, rápido como una centella.

Vieron sus ojos á D. Luis, y un estremecimiento parecido al que se siente cuando hiere el rayo sacudió sus nervios. Saltáronsele los ojos de las órbitas, arrugóse su frente, erizáronse sus cabellos; siguiendo un natural impulso sacó del cinto un afilado puñal, y al ir á clavarlo en el pecho del enemigo de su honra, del ofensor de la virtud de Justina que era tan excelsa como los cielos, Cerdán desnudó la espada y atravesó con ella al desventurado jóven. Jacinto cayó en tierra y murmuró estas palabras:

—¡Justina... no me olvides!

Y voló á su Criador aquella alma buena y purísi-

ma. El ramo de flores teñido de sangre quedó en el suelo junto al infortunado amador.

Al espirar el jóven, cayó Justina desplomada sobre el cuerpo ensangrentado de su amante y quedó sin sentido, rígida como un cadáver.

A. ROSA.

(Se concluirá.)

BALADAS.

I.

LA NIÑA BLANCA.

¡Qué hermosa que es, oh niñas, la costa catalana cuando en sus bellas noches de luna extiende sus huertas y sus flores, miéntras se estrella en sus playas la ola graciosa, incrustada de perlas, preñada de rumores!

¡Oh costa catalana, oh riberas deliciosas pobladas de valles de flores y de rosales, las rumorosas brisas os llevan en sus alas el aroma del mar mezclado con el incienso de los naranjos!

¡Oh costa de mi tierra, fuente de dulzura para mí, cuántas noches he visto transcurrir sentado en tus rocas, desprendiéndome alegremente de mis penas al pasear mis ojos por tus espacios inmensos!

Tus playas me recuerdan las perfumadas noches que daban vigor al pecho y fortaleza al pensamiento. ¡Recuerdos tristes y dulces, flores ¡ay! deshojadas ya, sereis miéntras yo viva la vida de mi corazón!

Era una noche. Contemplando estaba yo las claras olas del mar y pensaba en los navegantes que, tendidos bajo los mástiles, esperan la luz del alba para ver dibujarse en el espacio las almenadas crestas del histórico Montserrat, nuncio de la proximidad de sus patrios lares.

—«A bailar, niñas,—dijo una voz á mi lado,—la noche es fresca y hermosa como hermosa noche de Mayo.»

Y á la luz de las teas que reflejaba el mar, se improvisó un baile con aplauso de las niñas. Había una... ¡qué hermosa! vestida enteramente de blanco, con una flor en sus cabellos y un lazo azul en su cintura. La blancura de su frente era de espuma de mar; cada luz de su mirada valía todo un serrallo. Era un ángel del cielo, y á cada vuelta de wals la veía yo pasar como una paloma fugitiva. Por darle un beso de amor un rey hubiera dado sus vasallos y su corona, sus tesoros y sus palacios. ¡Qué hermosa la niña blanca! Qué hermosa en la noche de Mayo, al voltear por la playa, entre las alas del wals, dando al aire para jugar con ellos los lazos de su cinturón azul y los pliegues de su vestido blanco! ¡Ay! Y bailaba, bailaba, bailaba sin descanso, y la noche era muy fresca, y el baile no paraba, y el viento del Norte venía rasando las aguas de mar.

El sol cubría ya la tierra con su rico manto dorado, y las olas del mar rodaban oro fundido por las arenas. Paseábame yo por la playa recordando á la niña, la doncella de la noche vestida de blanco, cuando me dijo una voz resonando triste á mi lado:

—«¿Nó sabes quién ha muerto esta mañana al primer rayo del sol? La niña, la niña blanca, la que bailaba ayer el wals.»

¡Ay! Estaba muerta, estaba muerta, muerta la niña del baile, la que por un beso de amor hubiera podido pedirle á un rey sus vasallos y su corona, sus tesoros y sus palacios!

La enterraron por la noche, vestida de blanco, con una flor en sus cabellos y un lazo azul en su cintu-

ron. ¡Vestida para la fiesta la bajaron á la huesa! Bajo un sauce enterraron á la niña del baile; bajo el sauce de la costa la hallarán las *willis*.

¡Oh costa catalana! ¡Oh deliciosas riberas, pobladas de valles de flores y de rosales, las rumorosas brisas os llevan en sus alas los aromas del mar mezclados con el incienso de los naranjos! Vuestras playas me recuerdan las noches embalsamadas que daban valor al pecho y fortaleza al pensamiento. Recuerdos tristes y dulces, flores ¡ay! ya deshojadas, miéntas yo viva seréis la vida de mi corazón!

II.

LAS CUATRO BARRAS DE SANGRE. (1)

Junio de 1862.

Tenia yo en la montaña un castillo almenado que era el rey de la sierra y era el rey del valle.

Mis padres guardaban en él, heredado de sus abuelos, un lienzo amarillo y rojo listado por cuatro barras.

Pero el lienzo era de oro fino y las barras eran de sangre, de la sangre de un noble conde apellidado *el Velloso*.

¡Ay Castilla castellana, así no te hubiese conocido nunca!

«El pendon de las Barras,» decían al pasar los unos. Otros decían: «El pendon de las cuatro libertades.»

Porque las barras eran cuatro, y cuatro las señales, siendo cada barra un símbolo, siendo un nombre cada señal.

Derecho se llamaba la primera, y la segunda *Libertad*; *Justicia* era el nombre de la tercera; é *Industria* el nombre de la cuarta.

¡Ay Castilla castellana, así no te hubiese conocido nunca!

La barra del *Derecho* fué hecha pedazos por aquellos que, congregados en Caspe, quedaron ciegos á la luz por los sermones de un santo.

La barra de la *Justicia* quedó bajo la losa de una tumba donde se lee: *Aquí yace Carlos de Viana*.

Y los cañones de Felipe V dejaron la *Libertad* enterrada bajo las ruinas de Barcelona humeante.

¡Ay Castilla castellana, así no te hubiese conocido nunca!

Si el lienzo de oro de mis padres es hoy un harapo, si en la torre del castillo no tengo el pendon arbolado;

Si al pié de las almenas derruidas sólo resuenan entre lamentos las estrofas lastimeras del trovador catalán;

Si ya sólo me queda una de mis cuatro barras, es por culpa tuya, la de las torres y de los leones hambrientos;

¡Ay Castilla castellana! ¡ay si me rompes la cuarta barra!...

V. BALAGUER.

(1) Esta es otra de las poesías de Balaguer que ha dado lugar á más polémicas. Se escribió en época en que la industria catalana se hallaba amenazada de muerte por una reforma en sentido libre cambiata. Es un grito contra la centralización. Los enemigos del autor; que han sido muchos, han querido sacar de esta y de otras obras suyas argumento para suponerle ideas que siempre ha rechazado. Estúdiense bien las poesías de Balaguer, ténganse sobre todo en cuenta las circunstancias del momento en que fueron escritas, profundíese la idea á que obedecían, y se convencerán todos de que lo que combate el autor es la centralización y el moderantismo. (Nota puesta al pié de la traducción francesa de esta poesia, en 1867.)

ESTÉTICA DE LAS FLORES.

SU SIGNIFICACION HISTÓRICA Y LITERARIA.

(DEL LIBRO INÉDITO «ECOS DE UN JARDIN.»)

•La poesia es una bellissima doncella casta, honesta, discreta, aguda, retirada, que se contiene en los límites de la discrecion más alta. Es amiga de la soledad; las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan y las flores la alegran.

CERVANTES.

I.

No pretendo estudiar las flores considerándolas bajo un aspecto científico; felizmente he olvidado ya la poca botánica que en otro tiempo quisieron hacerme aprender, y sólo hablaré de ellas como habla el amante de su amada, no para describirlas, sino para ensalzar sus perfecciones.

Los botánicos son los anatómicos de las flores; examinan sus detalles únicamente y nunca se paran á considerar la perfecta armonía de su conjunto; emplean años enteros de estudio... ¿para qué? Para no lograr formarse de la belleza que en ellas brilla una idea tan exacta como un niño falto de toda instruccion pero que se halle dotado de una inteligencia delicada y de un corazón impresionable. ¡Pobres botánicos...!

II.

Así pues, no estudio las flores, las admiro. Admiro la finura de sus matices que parecen robados á las impalpables alas de las mariposas; sus tranquilos y dulcísimos amores, de que son mensajeros los céfiro, sus perfumes y esa atmósfera de poesia y misterio que parece rodearlas.

La naturaleza misma paga un tributo á su belleza; son sus hijas predilectas; por eso las auras las mecen, los arroyos las riegan, el sol las fecunda, las nubes calman su sed con refrigerantes gotas de rocío y el insecto duerme entre sus hojas y aspira su perfume.

III.

Por consentimiento unánime han comparado los poetas (grandes autoridades en materia de comparaciones), las mujeres á las flores. De aquí podríamos deducir que no encuentran objeto más digno de sostener competencia con la mujer, hallada por Salomón más *amarga que la muerte*. Y está que el sábio rey decia, prueba tambien, que si las mujeres tienen entusiastas adoradores, cuentan á la vez con adversarios irreconciliables, miéntas que las flores son universalmente apreciadas, sin duda porque sus cultivadores no se exponen á sufrir las amargas decepciones del que tiene en amor un signo funesto.

IV.

Mujeres, amantes, poetas, ¿qué sería de vosotros si no hubiese flores?

Distínguese la mujer por un refinado buen gusto en todo lo que á su adorno toca; por eso se deleita tanto con las flores. Sólo las pospone á los diamantes, no porque crea que son más bellos, sino porque van más caros, y entónces sacrifica sus aspiraciones á su vanidad, ídolo terrible ante cuyas aras no sabe negar nada la mujer.

Pero imaginémos una niña cándida, hermosa, que no tenga la menor idea de lo que es la moda, ni de lo que son las flores.... Presentémosle una piocha de diamantes y una rosa de las que ornán la pradera en las rientes mañanas de Mayo, fragante, acarminada, luciendo entre sus hojas cristalinas gotas de rocío

que reverberen los rayos del sol con los vivísimos colores del arco Iris. Démosle á escojer y la flor que, según la poética tradicion de los griegos, fué teñida con la sangre de Venus, será preferida á las orgullosas y lucientes piedras de Golconda.

Quizá engalanará con ella su sedosa cabellera, ó la colocará en su pecho ó la llevará á sus labios para confundir su fragancia con la de su aliento, ó tal vez, trémula y ruborosa, la entregará al feliz mortal á quien antes diera su corazon.

V.

¿Cuánta valía no tendrá para el amante este grato don de una hermosa? Aquella flor será el símbolo de una dicha, la memoria de una pasión. Ya marchita, guardará como un avaro sus restos, aquellos restos que le evocarán dulcísimos recuerdos, embellecidos por el melancólico tinte que las dichas pasadas adquieren.

VI.

¿Y cuánta no es su importancia en la historia y en las obras de arte?

Cuando la humanidad se hallaba sojuzgada por las encantadoras quimeras del paganismo, no había selva ni bosque, por insignificantes que fuesen, que no contaran con sus deidades protectoras. Como múltiple manifestacion de la omnipotencia divina, á cada orden de fenómenos ó seres presidía un génio especial. Así es que, con admirable exactitud, dijo un poeta:

Los faunos y driadas con mágico acento
Encantan los bosques, agitan el viento;
Gentiles nayades, nereidas y ninfas
Habitan del rio las plácidas linfas,
Y de las sirenas el canto repite
La oscura morada mansion de Anfitrite.

Vertumno era el dios de los jardines, así como Flora y Pomona; tenían las náyades grutas de ovas y cristal en el fondo de los rios y en las profundidades del Océano; las driadas y napeas surcaban y embellecían las florestas, y las amadriadas identificaban su vida con la de algunos árboles y plantas.

De este modo el reino vegetal, y más particularmente las flores, ocupaban un lugar privilegiado en la teogonia antigua.

VII.

No era menor su influencia en las costumbres y en la vida pública y privada de las primitivas sociedades.

En los juegos olímpicos y nemeos el más ambicionado premio consistía en una corona de laurel ó de yedra, y cada festividad tenía una planta consagrada; así en los misterios de Isis no tenían los atenienses más lecho que céspedes y arrayanes; en las grandes ceremonias desempeñaban también un importante papel... ¿quién no ha oido hablar de los druidas, sacerdotes de Teutates, coronados de verbena y eligiendo bosques seculares para templo de sus misteriosas iniciaciones? A veces bastaban las flores para caracterizar algun personaje célebre... por eso el tulipan morado (símbolo de los deseos ardientes) ornaba las sienas de la inspirada Safo.

VIII.

Aun eran más estimados estos graciosos adornos de la creacion entre los romanos, que asignaban supersticiosos una cualidad á cada flor; á la reseda (de *sedare*) le atribuían la virtud de calmar los dolores; la salvia la consideraban como una milagrosa panacea y decían «hace mal en morir se quien tiene salvia en su jardin», y por último, sólo á una persona casta dejaban cojer el lirio cárdeno. Tal era su entusiasmo por las flores que usaban un ramillete distinto para cada una de las horas del dia en este orden: rosas, heliόtropos, rosas blancas, jacintos, hojas de granado, anémonas,

reseda, flor de naranjo, hojas de olivo, lilas, ealéndulas, penzamientos y violetas.

IX.

Los pueblos orientales, hijos predilectos de la poesía, dieron un lenguaje á las flores. ¿Qué producciones pueden hablar á la imaginacion mejor que estas? ¿Hallaremos acaso para expresar la idea de pureza un símbolo mejor que una azucena? La inmortalidad, ¿no está bien representada con una siempreviva?

Por eso tienen tan alta significacion los *selams* ó ramilletes parlantes en los antiguos poemas legendarios de los poetas árabes que, con mágico pincel, han sabido retratar esa inmensa region de encantos y misterios que se llama el Oriente.

X.

A veces dejaban de ser las flores emblemas y juguetes inofensivos para convertirse en armas mortíferas. ¿Quién no ha oido citar la emponzoñada rosa de Cleópatra, y más modernamente el ramillete que enloqueció al gallardo pescador de Nápaes, á Masaniello? ¿Quién ignora las terribles catástrofes á que dió lugar en Inglaterra la lucha civil conocida con el nombre de guerra de las dos rosas?

Basten ya los ejemplos aducidos para probar el importante papel que en la historia han desempeñado tan hermosos ornamentos de la naturaleza, y ocupémonos, aunque brevemente, de su significacion en la esfera artístico-literaria.

XI.

Todo lo que existe en el universo, ya se considere en conjunto ó ya en detalle, es fuente de belleza, y su exacta descripcion en las obras del arte constituye otra clase de belleza, artificial si se quiere, pero no por eso ménos digna de estudio.

Después de la naturaleza animada, la más fecunda en gracias y atractivos es la vegetal. Nada puede competir con ella. Y de ésta la porcion más vistosa son las flores. Parece que todo conspira á embellecerlas; las besan las mariposas, los arroyos las retratan, las auras las mecen y el rocío las abrillanta. Su galanura recrea nuestra vista, sus aromas deleitan nuestro olfato, y lo efímero de su existencia nos recuerda la inestabilidad de la nuestra y las convierten en el objeto favorito del amante y del filósofo.

«La flor, dice Chateaubriand, produce la miel, es la amable hija de la mañana, el encanto de la primavera, el manantial de los perfumes, la gala brillante de la virgen y el amor del poeta; pasa rápida como el hombre, pero entrega blandamente sus hojas á la tierra.»

XII.

De aquí se deduce la importancia de estos delicados seres en las obras de arte, y el partido que de ellos puede sacar la poesía y la literatura en general, que les son deudas de algunas de sus más inspiradas páginas. Sin las flores tendria que renunciar á su lira el poeta: las más delicadas imágenes, las mejores comparaciones, los conceptos más graciosos le serian imposibles.

¡Pobres de las regiones polares! No hay en ellas vegetacion... ¿cómo será su poesía? ¿qué formas tendrán sus cantos si sólo de oidas pueden inspirarse sus poetas en los matices y aromas de las flores? ¿A qué compararán sus amadas?... Pálidas y frias deben ser aquellas obras literarias, como el eterno manto de nieve que cubre el suelo, sofocando el brote del más espléndido manto de verdura que tapiza nuestras florestas.

XIII.

A las flores y á la vida campestre es debido el género bucólico que tan hermosas obras ha producido y

que cuenta con un Teócrito, un Gesmer y un Villegas.

El libro manifestacion primitiva del arte y de fé, la Santa Biblia, no se desdeña de cultivar este género. Los bellísimos capítulos en que se refiere la historia de Ruth, son una continuada é inimitable égloga.

El *Cántico de los cánticos*, diálogo de amor en que resplandece el más sublime lirismo, hubiera sido imposible si no hubiesen existido las flores, á las que debe sus más galanas imágenes.

—«Yo soy la rosa do Saron y el lirio de los valles.»

—«Como el lirio entre las espinas, así descuella mi amada entre las doncellas...»

XIV.

Sin detenernos en Homero ni en la brillante pléyade de poetas que ilustraron la literatura griega y que tanto amaron las flores, según se desprende de sus obras, citaremos, aunque sea de paso, á Teócrito, que puede decirse inauguró la poesía bucólica con sus inspirados idilios. Cada uno de ellos es una obra maestra de sencillez, delicadeza y dulzura. El que más nos agrada por su ingenuidad es «el Cíclope y Galatea.» Hé aquí tomados el azar algunos de sus conceptos. Polifemo canta sus penas á orillas del mar de Sicilia.

«No te asusten las olas que vienen á estrellarse en la playa... tus noches serán más tranquilas cuando nos hallemos juntos, en mi gruta, á cuya entrada se mecen altos cipreses y sombríos laureles, y cuyas paredes cubren la oscura hiedra y la vid cargada de racimos; no léjos murmura un cristalino arroyo que, naciendo en las nevadas cumbres del Etna, se desliza por sus laderas cubiertas de sombríos bosques».

«Yo te llevaria, ó blancas azucenas ó adormideras de purpurinas hojas; brotan las primeras en el estío y las segundas en invierno... por eso no podria ofrecértelas á la vez...»

Esta amorosa solicitud, esta ternura, no resaltarian tanto, si el sencillo y encantador cuadro de Teócrito no se hallara semi-oculto entre un velo de flores.

XV.

Entre los clásicos romanos, Virgilio, el poeta mimado de las gracias, fué el más ilustre cantor de la naturaleza vegetal. Los dones que á las pastoras ofrece invariablemente en sus églogas, consisten en tiernos cervatillos, en ramos de flores ó en frutas colocadas «entre mirto y albahaca que huelen bien.» En su *Eneida*, un ramo de oro es el que permite entrar á su héroe en los infiernos; sus *Geórgicas* constituyen la más brillante apoteosis de la vida campestre, y Virgilio es justamente considerado como el mejor poeta bucólico. Eterna vivirá su memoria donde haya flores: coronado de laurel le supone el Dante, y hasta sobre su tumba crece la misma planta.

La musa versátil y juguetona de Horacio, tiene distintas entonaciones: ya canta la belleza de Lálage, ó celebra el poderío de Vénus ó admira la belleza de las rosas de Pœstun y de los lirios «que viven poco;» y, á pesar de ser el poeta sensual y egoista por excelencia, ama también las flores y corona con ellas las copas que, llenas de espumante vino de Falerno, ofrece á sus amigos en los espléndidos festines de Tívoli.

XVI.

El núnem vaporoso y delicado de los autores del Norte se complacia en las metáforas y comparaciones á que las flores dan origen. Los poemas de Ossian, bien sean originales de este bardo ó bien constituyan una ingeniosa falsificación del escocés Macpherson, bastarian por sí solos á probárnoslo. Hé aquí una leve muestra.

«Preparad vuestra matizada túnica de vapor trasparente, hijas de los aéreos campos de Tremmor...! Dargo, por qué me has hecho olvidar á mi amado? Eramos como dos flores que crecen juntas en la hen-

didura de una roca: nuestras cabezas, humedecidas por el rocío, sonreían á los rayos del sol. Esas flores habian tomado raiz en la escueta peña. Están solitarias pero son bellas, decia la vírgen de Morven, y el gamo saltaba por encima de ellas y el cabritillo evitaba hollar sus esbeltos tallos.»

XVII.

La poesía fué la pasión dominante en la lejana época de los paladines, de las aventuras caballerescas, de los juglares y trovadores que continuaron celebrando en toda clase de tonos y metros la belleza y perfección de las flores. Estas ocupan el lugar preferente en sus baladas, endechas y cantos heroicos y caballerescos, como se echa de ver con la sola lectura de sus títulos. (*La espina enamorada, El pleito de la rosa y de la violeta, El consistorio de las flores, etc.*)

XVIII.

El infortunado Jacobo I de Escocia, prisionero durante diez y seis años, pretendia dulcificar sus desdichas de rey con su lira de poeta. El libro que de él nos ha quedado se distingue por el sello de tristeza y ternura que en él logró imprimir. Exclamaba en una ocasión el regio cautivo:

De Mayo en alborada deliciosa
contemplaba el palacio de Windsor
asomado á las rejas de mi cárcel,
y al pié de mi funesto torreón
apercibí, brillando sobre el césped,
hermosa, pura y entreabierta flor.

El prisionero tenia una amada (Juana Beaufort) y á ella está dedicada su obra; ¿habrá que decir quién era esta flor?

XIX.

Sakespeare se complacia en emplear las delicadas flores para sus más atrevidas imágenes y en sus más sublimes rasgos. Recuérdese si no el canto del sauce y la muerte de Ofelia coronada con una florida guirnalda, mecida por las olas y entonando canciones... Su triste fin inspira al espectador la misma exclamación que á la madre de Hamlet: «Cref, hermosa niña, que tendria que derramar flores sobre tu tálamo nupcial y las derramo sobre tu féretro...!»

Dirigiéndose á otra de las más ideales heroínas, al verla desmayada, hace exclamar á Guiderio: «Oh tú, la más bella y encantadora de las azucenas, no te sostiene, no, mi hermano con la mitad de la gracia con que te sostenias tú misma!» Mas si pretendiera continuar citando todos los paisajes de esta especie, seria preciso trasladar íntegras las obras del apasionado poeta que definia á la Inglaterra «un hermoso nido de cisnes, en medio de un vasto estanque.»

Por la misma razon nombraremos tan solo á Milton, el cantor del Paraiso, que deliraba por la música y por las flores, al decir de un ilustre biógrafo suyo.

XX.

No se quedaron atrás los poetas de las regiones meridionales. Véanse si no las obras del Tasso y en especial su descripción de los jardines de Armida; las del Ariosto que hacia acontecer todas las escenas de su Orlando en sombrías florestas, con arroyos murmuradores y plantas odoríferas; y las del Petrarca cuyas melifluas canciones están llenas de vergeles y floridos paisajes.

XXI.

Refiriéndonos á épocas posteriores veremos aumentarse de dia en dia la afición á las hermosas galas de la naturaleza de que nos ocupamos. En el siglo pasado escribió el correcto Delille su poema de los jardines, y á la vez Florian, Millevoye y Bouffers les tributaron el honor debido en sus delicados y galantes madrigales.

Goethe se deleitaba tambien en la contemplacion de las hermosas hijas del sol y del rocío, y en transcribir las ideas que le inspiraban... Formando un delicioso contraste con el fondo tétrico y sombrío de su Fausto, é irradiando luz y poesía se destaca, en su inmortal poema, el tipo ideal de la inocente y bella Margarita que deshoja flores para saber si es amada, obediendo así á una sencilla supersticion descrita por otro poeta del modo siguiente:

La pastorcilla cándida
lejana de su amante
¿será fiel? se pregunta,
¿me guardará su amor?
Coje la planta trémula
y si es ó no constante
su amado, le revela
la deshojada flor.

No olvidemos tampoco á Saint Pierre que tambien ha descrito las flores, ni, en nuestros dias, al ingenioso Karr, poeta-jardinero que ha preferido su cultivo al de la literatura.

XXII.

Antes de terminar este artículo que escede ya de las dimensiones que me habia propuesto darle, debo hacer siquiera una leve indicacion de los escritores que en nuestra patria demostraron su aficion á los más vistosos adornos del universo.

En la infancia del lenguaje celebraba ya el ingénuo Gonzalo de Berceo «las flores bien olientes:» los poemas posteriores siguieron en esto sus huellas. El fiernísimó y malogrado Garcilaso las usó tambien con profusion en sus melancólicas églogas, y aun al popular Cristóbal del Castillejo le brindaron bellísimas comparaciones con que adornó sus discretos conceptos. Así, para probar que el mérito y la belleza no son patrimonio de determinados rangos ni gerarquías, esclama:

«Entre espinas»
Suelen nacer rosas finas,
Y entre cardos lindas flores,
Y en tiestos de labradores
Olorosas clavelinas.»

XXIII.

En el siglo de oro podríamos citar una brillante pléyade de poetas que buscaron las más dulces entonaciones de sus líras en la belleza de las flores; sólo nombraremos al fecundo é inspirado Lope y al sublime Calderon de la Barca á quien suministraron profundos y elevados pensamientos. Tal es la siguiente definicion:

Que es la vida breve flor
que nace con el albor
y fallece con la sombra.

Góngora les demostraba tambien una singular predileccion. Basta leer cualquiera de sus poesías para convencerse de ello.

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó el alba luciente,
Tejidos en guirnalda
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden con ser flores
Blanco á tu seno y á tu boca olores.

Hubo tambien un filósofo-poeta, entusiasta admirador de ellas, que las cantó en sus inspiradas *Silvas*, y que á ellas debe casi exclusivamente su celebridad. ¡Llor eterno á Rioja! ¡Admiremos las flores que le sirvieron de inspiracion!...

XXIV.

Para concluir y pasando por alto los amables églogos que, con Melendez á la cabeza, ilustraron el Par-

naso español, nos ocuparemos de los escritores modernos, que usan con preferencia el estilo *florido*.

Entre los poetas, Arolas, Zorrilla y Espronceda nos ofrecerian una amplia cosecha de ejemplos. Arolas sobre todos lleva hasta el fanatismo su culto á las flores. Oigámosle exclamar:

Sin flores y sin hermosas
¿qué fuera de los mortales?

Que para endulzar dolores
nos dió el Padre de los séres
el perfume de las flores
y el amor de las mujeres.

O en esta otra magnífica descripcion:

El insecto del estío
que en cáliz de rosa fria,
tiene un lecho de rocío
y una mesa de ambrosía.

Que ébrio de aroma y placer,
sobre rama de abedul
se mece al anochecer,
retratado en lago azul. .

¿Puede darse más ternura, sencillez é inspiracion?

XXV.

Cómo retratar el candor, inocencia y tranquilo gozo de Eva en la época feliz de su creacion? Debió preguntarse Campoamor al escribir «el primer idilio del mundo,» uno de los mejores fragmentos de su Drama universal. Y por una feliz inspiracion logró describir y presentar en escena dignamente á la madre del género humano de este modo:

Es la primer mujer de aire sencillo;
Tan rubia como el sol, de blanca frente;
Huele á rosas su mano, el pié á tomillo,
Y su cútis al agua de la fuente.

—¿Qué haces aquí? la dice, y su respuesta
La niña aplaza, espera, mira, indaga,
Y agrandando los ojos le contesta:

—«Coger flores y amar; ¿qué quieres que haga?»

XXVI.

Ya que incidentalmente he venido á ocuparme de la caída del linaje humano, debo observar que, aun despues de acaecida, y de empezar la rebelion del inerte Universo, las flores seguian embelleciéndola y permanecian neutrales en la contienda que entre la criatura humana y las obras divinas se habia establecido.

¿Cuántas veces los primeros hombres, cuando aun estuviera reciente la memoria de su caída, recordarian su pasada felicidad, comparándola con su actual miserable estado y, al fijar la vista en aquellas gallardas hijas del sol y de la tierra, fecundarian su cáliz con el amargo rocío que brotara de sus ojos!...

XXVII.

Amo, pues, á las flores por su belleza, por su trascendental importancia en la historia y en las obras de arte, por ese incomprendible lenguaje que con el alma sostienen, por las esperanzas y recuerdos que en nuestro espíritu hacen germinar, por los pensamientos llenos de dulcísima vaguedad que evocan, por ese encanto que atesoran, tan imposible de definir como los sentimientos que la contemplacion de una estrella inspira.

Esto es lo que algunas veces me hace decir que las flores son las estrellas de la tierra.

VALERIO.

HISTORIA.

NOTICIAS SUELTAS SOBRE EL ENTERRAMIENTO DE LOS RESTOS MORTALES DE D. JUAN DE LANUZA, DECAPITADO EN LA PLAZA DEL MERCADO DE ESTA CIUDAD, DE ÓRDEN DE D. FELIPE I DE ARAGON II DE CASTILLA, A 20 DE DICIEMBRE DEL AÑO 1591.

Conviene en que el cadáver de Lanuza fué enterrado en el convento de San Francisco (hoy Diputación provincial) los historiadores Argensola, Céspedes y Meneses, Murillo y Blasco de Lanuza, pero solo los dos últimos designan el lugar de su sepultura.

La partida de defunción, sacada de los cinco libros de la parroquia de San Pablo dice así: «A 20 (Diciembre-1591). Murió el Justicia de Aragon: enterrado en San Francisco con capítulo: 60 sueldos.

Murillo dice: «Tiene la casa de los Lanuzas en el convento de San Francisco de esta ciudad uno de los más honrados entierros que hay en España.» Añade después, hablando de este Justicia: «Fué sepultado en el entierro de sus padres y antecesores, juntamente el cuerpo con la cabeza.»

Blasco de Lanuza dice: «El entierro del Justicia fué á las cinco de la tarde, y la sepultura en la capilla que está bajo el altar mayor de aquella insigne iglesia (San Francisco) que es edificio de D.^a Juana de Toledo, abuela del Justicia.»

Un autor anónimo, en un folleto impreso en 1822, dice; «se sepultó al Justicia en la iglesia de San Francisco de Asis (Cosó) en la sepultura propia de su casa, al pie del altar mayor, y corresponde dicha sepultura á trece pasos de distancia del esquinazo en que en el día (1822) se halla colocada la lápida de la Constitución dirigiendo la vista hacia la puerta de Cineja.»

QUINCENA MADRILEÑA.

¡Privilegio glorioso del génio! El acontecimiento literario que ha llenado esta quincena ha preocupado la atención pública más que cualquier otro en que se tratase de graves complicaciones relacionadas con la suerte de algun pueblo. Y es que si en todas partes hay gentes poco afectas á preocuparse de lo que de cerca no les toca, todos nos interesamos con lo que á los génios se refiere, porque el génio, universal por excelencia, es el ídolo eterno de la humanidad.

En todo el mundo civilizado está reconocido Castelar como el génio de la palabra, y en tal concepto tenía ganado el puesto para que hace nueve años le habia designado la Academia Española. Uno de nuestros más discretos é ilustrados diarios ha dicho que lo tenía como hablista.

No he de conformarme con tal afirmación, sin que con esto quiera desmentirla. Hay algo superior al conocimiento exacto del origen de nuestras voces, al empleo exacto de las que con mayor propiedad representan nuestras ideas, á su colocación acertada en el período, á la base de conocimientos necesarios para juzgar las nuevas que el movimiento, ley eterna de la vida, trae á nuestro idioma y necesitan para ser autorizadas el *exequatur* de la docta corporación que limpia, fija y da esplendor. Con todo esto se puede ser un excelente hablista y se puede ser académico, pero no se puede dar á nuestro idioma esa belleza, esa sublimidad que adquiere en los labios de Castelar. Y como esto es superior á aquello, como ésta es su cualidad característica y es gloria para los que tienen á su cuidado la conservación y brillo del lenguaje nacio-

nal procurar que resplandezca con todas sus galas, de aquí el que yo atribuya á estos méritos la elección del ilustre orador.

* * *

El tema elegido para su discurso era por demás apropiado al personaje que habia de leerlo. Hijo de este siglo y representante de su civilización, tocábale volver por la gloria artística del siglo en que vive. El concepto de la poesía en este siglo, la afirmación de que como en ningún otro existe, constituían el más bello de los asuntos. Las almas estrechas no ven sino el concepto puramente material de las cosas: decidles que en la fábrica hay más que máquinas, coke y vapor, que allí existe la vida intelectual y material para una porción de familias, que el trabajo colectivo desarrolla el sentimiento de la fraternidad humana, y no os entenderán; decidles que este siglo que vive bajo la acusación de pecador del más grosero materialismo nace una concepción intelectual sublime cada día y se agigantan y se traducen en magnas explosiones los grandes sentimientos morales, y no os entenderán tampoco. Y es que el lenguaje de este siglo sólo lo entienden bien los que mercedamente llevan el dictado de hijos suyos. Pero cuando se habla el lenguaje del siglo como lo habla Castelar, todos, aplauden aunque no lo entiendan.

* * *

Un concurrente á la solemnidad, objeto de estos párrafos, me decía:

—¡Ya lo creo que hay poesía en este siglo! Aunque no hubieran nacido en él Byron, Espronceda y Víctor Hugo, lo afirmaría oyendo hablar á Castelar.

Su lenguaje es la poesía sin versos.

* * *

¿Detalles? No quiero darlos.

Los que se refieren á la solemnidad los llevó hace días la prensa diaria á todo el mundo: los de carácter personal no puedo darlos.

No soy amigo ni he hablado nunca con el insigne académico.

* * *

De otro discurso y de otro hombre ilustre, gloria de la nación española, que vive casi por completo alejado del mundanal ruido, que tiene por virtud ingénita la más bella modestia, he de ocuparme en estos párrafos. Me refiero á D. Francisco Pí y Margall.

* * *

El Fomento de las artes es una sociedad hace bastantes años establecida, en donde los artesanos amantes de la instrucción encuentran vário y abundante pasto para su inteligencia, mediante las cátedras allí existentes y las conferencias periódicas que se celebran, en las que, en diversas épocas, han tomado parte muchos hombres cuya fama es universal.

El día en que el Sr. Pí dió su anunciada conferencia sobre las *Instituciones* sociales de la antigua América, el auditorio llegaba hasta la calle. Tiene el señor Pí una frase correctísima y una exposición tan clara como galana; y tiene además un conocimiento exacto del asunto en que se ocupaba.

No necesitaba probarlo aquella noche: lo tenía acreditado con la publicación de su *Historia de América*, obra que en Europa y en el Nuevo continente le ha dado una gran reputación.

* * *

Hace mes y medio me encontré en la calle, á las nueve de la mañana, con Ortega y Munilla.

—¿Cómo tan temprano fuera de casa? le pregunté.

—No he dormido, me dijo, y salgo á refrescar un poco mi cabeza. Tráeme ahogado la terminación de un libro.

No sé si será el mismo; pero hace pocos días ví en los escaparates de las librerías dos libros de Ortega; una segunda edición de *La Cigarra*, aumentada con algunos otros trabajos, y otra obra nueva de la que no digo nada por no ser este lugar de la REVISTA el destinado para ello.

Diré, sin embargo, que la he leído con entusiasmo. Y..... no digo más.

* * *

No queda espacio para decir nada de teatros. Algunos han cerrado ya sus puertas; otros les seguirán en breve. En las postrimerías se han estrenado con éxito varias algunas obras: las malas fueron al panteón del olvido; las buenas, entre las que se encuentran el drama en un acto *Luchas de amor*, de D. Manuel Escudoni y *El último adiós*, de Blasco, han tomado carta de naturaleza para la temporada próxima.

El exámen y juicio de la temporada teatral que toca á su término exige, sin embargo, un trabajo que lleno de buena intencion, ya que otra cosa no tenga, prometo á los lectores de la REVISTA

MARIO

AMOR DE TODOS LOS DIAS.

PRIMERA PARTE.

DULCES ESPERANZAS.

I.

Por frente á los balcones de Teodoro vive y suspira Engracia, que es una niña rubia como el oro, y aunque rubia, graciosa, (pasen las que lo sean esta audacia) con esa suave luz y esos perfiles, que da á una tez de rosa la primavera de los quince abriles.

Mas charla que es un gusto, una locura que aplaude toda humana criatura y consiente una santa providencia; y ¿qué diré si alguno en su presencia cuento de amor desenmaraña ó nombra? Creo que por hablar—y no exagero—hablaria esa niña con su sombra.

No afirmo yo tal cosa en su desdoro, pues conviene añadir, que aun con el pero de ser más elocuente que traviesa, la linda vecinita de Teodoro es muchacha que vale lo que pesa.

Ella lo sabe bien, mejor que el credo, y esto siendo cristiana y teniendo al infierno mucho miedo; porque en los tonos graves y mayores, de buena ó mala gana, lo oyó cantar á veces al vecino, que en esto de cantar y decir flores sobresale su ingenio peregrino.

No es de gran ingenio el buen Teodoro ni á su boca se llama pico de oro: Teodoro es como muchos; no hay pesares por los que sienta en especial gran hipo, y de este exíguo tipo se encuentran muy variados ejemplares.

II.

Mas desde que es vecino y le habla y le enamora, Engracia es mucho menos habladora.

Misterio peregrino difícil de explicar, á no saberse que con semblante huraño, ella se cansa de escuchar há un año las tan sabidas frases, como puede cualquiera suponerse: «Tú eres mi sólo bien; si me olvidases de pena moriria porque de tí me acuerdo noche y dia. Amame, Engracia; de cariño loco sólo en tu fé para vivir confio; jay! moriria si me amases poco, porque te quiero tanto... ¿y tú, angel mio?»

Y esto lo oyó una noche, recostada de su balcon en los helados hierros, y era, segun yo supe, en la velada de la noche de Reyes, cuando blanquean los lejanos cerros, y los niños, calientes y dormidos, sueñan con los regalos prometidos. Y él estudiaba leyes, aunque eso de estudiar fuera un pretexto, porque libro por libro, preferia al más lindo Digesto un toco Calderon de poesia; creyendo, como muchos, que esta es cosa de colocar renglones tras renglones, y versos pareados, por más que los pareados sean prosa, y algunos adjetivos relumbrosos, de una vieja retórica tomados.

Al fin dió pronta cima á su carrera en el año tercero del noviazgo, y entónces, más alegre, Engracia espera que el tono de sus frases amatorias suba y reviente en ascendente escala, como suben al fin todas las glorias; pero él no entiende de esto, y cabalmente esto es lo que á ella irrita y pone mala, y nerviosa, y fatal, y hasta doliente. Barómetro *sui generis* sin duda el corazon del jóven nunca llega al ardor inflamable del verano, ni de plumaje como el ave muda, ni le inquieta el reposo ni la brega; y ella siente, ofendida, que siendo aquel amor ya veterano no pase del «te adoro», y al igual de la noche consabida, noche de Reyes, el gentil Teodoro el mismo amor en expresion demuestre la noche que pasó de San Silvestre.

III.

Una tarde en la Fuente Castellana tropezó con un *quidam*, y el tropiezo (en el éxtasis ligero de un bostezo) hizo que la mirada soberana del *quidam* humillado, recayese sobre el airoso talle de la niña, y no miróla de soslayo y fuese como aquel andaluz, que no armó riña; no señor, no fué así, siguió su huella con aire indiferente, y á cada vuelta la encontró más bella, y pese al tropezon más inocente.

Pascual (así se llama) era un muchacho formal y caballero, que aun del francés decia: «este gabacho»... y del ilustre acróbata ligero: «el gran titiritero».

Pero su toco ingenio no era romo, y segun nuestra cuenta, al tercer dia

supo ya en dónde, desde cuándo, y cómo la hermosa hurf del tropezon vivia; y con tiernas miradas, sin empacho con más de alguna seña, dióle á entender á Engracia aquel muchacho que no era al fin su corazon de peña.

IV.

Hé aquí que Teodoro se apercibe, y aunque gustando de las medias-tintas, de balcon á balcon, con ella entabla el diálogo que al verso se trascibe, en las frases más breves y sucintas:

—Ya lo sé, ya lo sé... dice Teodoro.

—¿Pero qué sabes?... habla.

—Ya sé que mi tesoro desperdiciando vas, que ingrata y vana tu cariño de ayer immaculado, no será tu cariño de mañana; que á disfrutar la luz de tu hermosura vendrá otro afortunado.

—¡Por Dios! ¿qué ha de venir?...

—¿Que no? pues jura, jura que tu inconstancia no será el denso velo...

—Oye antes lo que tiene más sustancia, porque tambien yo guardo algun recelo. ¿Qué espera el que sintiendo sin reposo arder su corazon al fuego santo de un sentimiento noble y decoroso, se complace tan sólo en el encanto que presta el amor propio, y nunca aduna la fé á la realidad, para que forme de dos almas una?

¡Pasion estéril! De palabras vive y de aire se alimenta.

—Engracia... Engracia mia, estoy conforme.

Comprendo el paraíso que sustenta vivir unidos en estrecho lazo;

sentarse en el festin que amor prepara,

ya no tener la suspension de un plazo

que aproxima la dicha ¡prenda cara!

¡solaz del corazon! ¿eso apeteces?

—Eso mismo, Teodoro.

—Pues bien, contestaré como otras veces:

Tú sabes que te adoro

y no puedo negarme á lo que pides:

¿qué lloras, angel mio? esto es bastante

y en el dolor conmigo coincides,

pero hoy no puede ser, más adelante...

Vaya... con tal no llores, yo prometo

que todo ha de llegar; ¿quieres, bien mio?

mas no has de permitir que aquel sujeto...

—Descuida.

—En tí confío.

—Espero yo tambien que tu demora

tendrá un plazo cercano.

—¡Supuesto inútil! si mi fé te adora

¿qué podré desear sino tu mano?

SEGUNDA PARTE.

ECCO IL PROBLEMA.....

I.

Es el tiempo un atleta infatigable que en lucha con los séres y las cosas, trueca lo inolvidable en olvidable y las obras humanas en dudosas.

Y este fué el mismo que trocó en Engracia

la flor hermosa de su afecto puro,

en flor marchita, desmayada y lacia.

Siguió Teodoro con su enigma oscuro

dando espanto á la niña que aun le amaba esperanzada y terca,

pero Pascual que todo lo observaba

de lejos y de cerca,

puso cerco á esta plaza, por supuesto un cerco en toda regla como él sabe.

Engracia vacilaba (asi habla el texto)

y antes que al vencedor diese la llave,

en letra desigual y estilo grave,

puso para Teodoro unos renglones,

diciendo entre otras cosas:

«Siento ya de olvidarte tentaciones,

«y siento intermitencias fastidiosas;

«y aunque mi pecho por tu amor se abrasa,

«esperando, esperando y esperando,

«el fuego aquel sin combustion se pasa.

«Mira, pues, que mi amor se va pasando.»

Y nuestro buen Teodoro

como siempre flemático y sereno

despues de murmurar un: «yo te adoro»,

dijo más alto: «bueno! bueno! bueno!»

y con mano ligera

contestó en otra carta: Te amo, espera.

II.

Una noche, Pascual, estaba al lado

de Engracia, que cosia,

é iba estrechando de la plaza el cerco

astuto y recatado

(pues ella era muy terca y él más terco)

—¿Qué hace vuestro Teodoro? la decia:

—Espera.

—¡Oh qué esperanza!

es el perpétuo limbo de su vida

donde ni gloria ni dolor se alcanza.

Y no ve que sufris?

—¡Si él sufre tanto!

—No, Engracia, no merece

que le redima vuestro oculto llanto.

Ya es bastante; tended al que padece

la dulce mano que al eden nos lleva...

—¡Tantos años de prueba!

—Justamente, por eso.

Concededme la palma,

y otros vendrán y lograrás del alma

ser su soñado encanto y embeleso.

.....

Engracia sonrió; quizá como Eva

cuando á su vez se dió por convencida,

y aunque la forma es más ó menos nueva

en el fondo la cosa es parecida;

y aquella fruta, que era una manzana,

todavía retoña y apetece

á toda mujer ciega, loca ó vana,

si la lisonja artera se la ofrece.

¿Haremos escepciones? es muy justo.

Nuestra madre, está claro, nuestra amiga;

pues ¿y la propia hermana? no se diga,

el pensarlo no más cuesta un disgusto.

¿Y esa por quien sentis tanto desvelo,

regocijo tan grande en la amargura,

que os hizo á veces bendecir el cielo,

factor de tan divina criatura?

Tambien es escepcion... esto me apura;

con tanta esceptuada

la regla vale poco ó vale nada.

III.

Unos dias despues, el vecindario

con dosis de curiosidad no escasa,

anuncia en un estilo funerario

que Engracia se nos casa.

—¡Eh! ¿cómo que se casa?... á grito herido

dijo al saberlo nuestro buen Teodoro.
 Vamos, no puede ser, yo no la olvido;
 ¿cómo? ¿con quién y cuándo? ¡Yó lo juro!
 —Pero, oiga bien, señor... eso es seguro
 contestóle un vecino,
 que era un santo varon de burlas fieras,
 que todo lo escuchaba y lo sabia,
 jefe de las comadres callejeras,
 á quienes él á gusto dirigia.
 —Y eso, inquirió Teodoro, ¿va de veras?
 —Eso es tan cierto, cual la luz del día.
 —Pues, ó mintió su boca
 lo que es casi imposible en la inocencia,
 ó Engracia está ya loca
 con el más vil furor de una demencia.

IV.

Y le olvidó; problema:
 ¿Mi heroina hizo bien? tened presente
 su posicion extrema;
 pero ¿obró bien? tomad vuestro partido
 si lo juzgais prudente,
 y salga cada loco con su tema.
 Si defendo su olvido,
 juez hallaré, que con torcido gesto
 me diga, interrumpiendo digresiones:
 «Ello es falso por esto... y esto... y esto,
 pese á vuestras doscientas mil razones.»
 ¿De verdad? Ahora bien: ¡oh providencia!
 vedla salir del templo sonrosada,
 llena de amor, tranquila su conciencia,
 dulcemente apoyada
 en la madre que deja no sin llanto
 entre amigas que envidian... (son mujeres)
 su corona de esposa y ese encanto
 ¡ay! sin igual en los felices séres
 que á un breve cielo su destino lanza!
 Y en esa noche, cuando el grato sueño
 le aparte de los brazos de su dueño,
 el ángel de la dicha y la esperanza,
 huésped de un día, pasajero errante,
 perfumará con rosas y azucenas
 su frente juvenil, su seno amante,
 su corazon, asilo de las penas,
 y habrá vertido como á manos llenas,
 en su lecho nupcial de desposada,
 mil preciados encantos, mil sonrisas,
 como una primavera renovada
 con sus flores, sus rayos y sus brisas.

V.

Con el gozo fingido del burlado,
 alta la frente y en los turbios ojos
 el reflejo del odio concentrado,
 mientras surcan su faz matices rojos,
 Teodoro referia
 á clásicos amigos lo ocurrido.
 —¿Conque Engracia casó? Me lo temia,
 exclamó uno de ellos,
 jóven de mala facha;
 fíate, nécio, de cualquier muchacha
 por más que tenga rubios sus cabellos.
 —¡Oh! ¡*risum teneatis!* dad al viento
 la carcajada que el amor inspira;
 hoy todo en la mujer es ya mentira,
 buen testigo es mi cuento.
 Tres años hace que con fé constante,
 la amé, la quise, la adoré insensato
 como adoraba á Beatriz el Dante,
 y ella, en quien es el desdeñar innato,
 pagó con la torpeza del olvido
 la eterna gratitud del sér querido.
Credite Pisones, que creais deseo,

y con vosotros nuestro sexo feo,
 que siempre la mujer será un mal bicho;
 y esta es la regla general. He dicho.
 —;Bonita conclusion! dijo un oyente;
 la razon, pues perdiste la batalla,
 es del que mejor grita maldiciente,
 y la culpa, del mísero que calla.

JORÉ M. MATHEU.

Madrid: Enero, 1880.

CRISIS.

Es nuestra edad, edad de transicion
 Y atravesamos crisis general;
 Lo antiguo en ruina está, ruina fatal,
 Y aun no aparece nueva construccion:
 Conturbada la mente, el corazon
 Lleno de angustias en sorpresa tal,
 Ni sufrir quiere ya el viejo dogal,
 Ni rechazarle puede con teson!
 Entre el sosiego de la antigua fé
 Y el oleaje del actual sentir,
 Hay sima cuyo fondo no se ve;
 Y estamos obligados á vivir
 Ó en vago mar dó no se afirma el pié,
 Ó entre unos muros que se van á hundir!

G. MARTINEZ GÓMEZ.

ESPECTACULOS.

Sigue la compañía de ópera ocupando las tablas del Teatro Principal y sigue el público ocupando el banco de la paciencia. Aunque á decir verdad, la benévola actitud que los habituales concurrentes á dicho coliseo ofrecían durante las primeras representaciones ha tomado ya bien diferente aspecto, convirtiéndose en una aspereza más sobre las muchas que tienen que vencer los artistas líricos para dar remate á su empresa.

No hemos de mencionar las óperas que últimamente se han cantado, ni hemos de hacer análisis puntual y minucioso de su interpretacion. Pocos primores, pocas bellezas se han echado de ver: en cambio, los puntos flacos por donde una crítica un tantico intencionada pudiera herir en lo vivo á la compañía del Teatro Principal han sido los bastantes para que el público—como ya queda consignado—haya trocado en fosco y huraño gesto la suavidad de su condicion, y para que nosotros, fáciles de mover á piedad, no empeoremos alquilatar debidamente méritos personales, la situacion poco airosa en que se vé la compañía de ópera que, á guisa de despedida, ha presentado á los zaragozanos la actual empresa del coliseo del Coso.

Si esta empresa, que bien presto ha de ceder el sitio á otra nueva, quisiera atenuar de algun modo el efecto poco agradable que su despedida, digámoslo así, produce en el público, aún está á tiempo de enmendar, no diremos el yerro—porque ni siquiera equivocacion queremos suponer en sus actos—sino la mala suerte que en la presente ocasion le ha perseguido, si es cierto, como álguien que debe andar bien informado nos asegura, que el coste de la compañía en cuestion es harto superior á su valia,—si quisiera, repetimos, dejar en el público grata y simpática impresion, puede para ello aprovechar oportunas circunstancias: concluya la temporada, ya que la empezó trayendo al

coliseo acróbatas, perros sabios, Chirwings y otros excesos, presentándonos por una corta serie de funciones alguna de las compañías que trabajan en los principales teatros de la villa y corte y suelen emprender, como es sabido, fructíferas expediciones veraniegas.

En el teatro de la Comedia, por ejemplo, está ahora alcanzando grandes y verdaderos triunfos la compañía dramática italiana que cuenta entre sus individuos á la eminente Virginia Marini, la primera actriz que hoy tiene esa nación, en cuya escena son las notabilidades tan numerosas como aquí las medianías. ¿Por qué la empresa del Teatro Principal no proporciona al público ocasion de ver y oír á la Marini como hace tres años le proporcionó, en época semejante, coyuntura para escuchar y aplaudir á la Pezzana? Mucho se lo agradeceríamos todos, y es seguro que los resultados materiales no harían arrepentirse á la empresa de haber obrado en pró del arte y de las aficiones de un público inteligente, que siempre recompensa bien á quien bien le sirve.

SALDUBIO.

LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

Elementos de Lógica, por D. Manuel Polo y Peyrolon: un vol. en 8.º de 270 págs.—Valencia: 1880.

Con este título ha publicado el Sr. Polo y Peyrolon, laborioso catedrático de Psicología en la universidad de Valencia, un libro que en nuestro concepto responde cumplidamente á su objeto, que es el de servir de texto en el estudio de dicha importante asignatura. Despues de consignar que la Lógica se enseña hoy de la misma manera que la formuló Aristóteles hace 23 siglos (excepto en la Metodología, Crítica y Gramática general, que indudablemente han progresado), manifiesta el autor con modestia muy digna de elogio «que se ha limitado á dar la unidad posible á todas las partes de la lógica y á exponerlas con claridad y sencillez.» Creemos que lo ha conseguido y que en los *Elementos de Lógica* que hoy ven la luz se facilita la comprensión de las áridas verdades de esta ciencia á los alumnos y se eviten no pocas molestias y tareas al profesor.

Galas del ingenio. Tirso de Molina—Moreto—Rojas. Un volumen en 8.º de 260 páginas. Madrid: Librería de San Martin.—1880.

Ya en otra ocasion hablamos de esta Biblioteca, en la que, bajo la inteligente direccion de los Sres. Bustillo y Lustonó, se resumen, en breve espacio, los fragmentos mejor versificados, los graciosos cuentos y las sentencias y profundísimos pensamientos que esmaltan las obras de nuestros escritores dramáticos del siglo XVII.

La eleccion de trozos escogidos está bien hecha, como acabamos de decir, y es bastante para que aprecien los quilates del número poético de los autores de *La Villana de Valdecas*, de *El Desden con el Desden* y de *García del Castañor*, aquellos que no tengan tiempo ú ocasion de estudiar las obras completas de tan insignes maestros.

Véndese á cuatro reales en la librería de San Martin (Puerta del Sol, 6, Madrid), y en la de la viuda de Heredia, (plaza de La Seo, 2, Zaragoza.)

Galería humorística.—Coleccion escogida de cuentos, ocurrencias, disparates, chistes, salidas de tono, de pavana y de pié de banco, de todos los tiempos y colores recogidos por un diógenes moderno. Ellos forma un tomo en 8.º y su contenido es el estudio del hombre bajo el aspecto anecdótico; en él se halla recopilado cuanto en este género han escrito autores nacionales y extranjeros, tanto antiguos como modernos, constituyendo una obra sumamente agradable y entretenida.

Este volumen, así como el primero de la coleccion titulada *Ellas*, publicado tambien por el editor Sr. San Martin, se vende en las librerías designadas anteriormente y al mismo precio (4 rs. ejemplar.)

Lecturas amenas para el soldado, por D. Ambrosio Palau Lafuente, Comandante graduado, teniente de Infantería. Un vol. en 8.º de 184 págs.—Zaragoza: Tipografía de Julian Sanz.—1880.

Escrito en estilo llano y accesible aun á las inteligencias de los reclutas totalmente desprovistos de instruccion, este libro que se halla impreso en variedad de tipos para que poco á poco vayan sus lectores venciendo las dificultades de la lectura, tiene por objeto fa-

cilitar y difundir el conocimiento de las obligaciones del soldado, del servicio de campaña, leyes penales, juramento de banderas, etc., bajo la forma de sencillas narraciones y relatos, y ha de proporcionar deleitoso y loable entretenimiento á las clases de tropa á que está dedicado.

Al final ha tenido el autor la buena idea de incluir una coleccion de frases y pensamientos militares, y de frases, hechos y anécdotas referentes á los más ilustres capitanes y conquistadores, que ha de ser leída con interés y que juzgamos muy oportuna é instructiva. Para bien de nuestra patria y del ejército español seria de desear que libros como el del Sr. Palau y Lafuente sustituyeran en los cuarteles á los romances de ciego y otras enormidades parecidas, sólo conducentes á pervertir el buen gusto y á desarrollar los malos instintos y las pasiones.

El Teatro.—Revista literaria dirigida por D. Julio Nombela.—N.º 1.º Un cuaderno de 64 págs. en 4.º.—Madrid: 1880. (1)

Bajo este título ha empezado á publicar el Sr. Nombela, periodista ventajosamente conocido en esta capital por sus correspondencias, una *Revista* que difiere, por su carácter serio y trascendental, de las que hasta ahora se han dedicado al arte escénico y á la literatura dramática.

El primer número que tenemos á la vista contiene el siguiente sumario:

Texto: Al lector.—I. Crítica: la Crítica; *El Teatro.*—II. Historia: *El Teatro en Grecia.*—III. Enciclopedia teatral: Explicaciones; Higiene; del órden de los trabajos, etc.; El Figurín; Aires peligrosos.—IV. Legislación y administracion: Propiedad de las obras teatrales; La Gran Ópera de Paris.—V. Biografía: La estatua de Calderon; Shakspeare.—VI. Biblioteca: Observaciones oportunas; Nuevas publicaciones.—VII. Crónica: Teatros españoles. Teatros extranjeros.—VIII. La novela del arte: Dumas, hijo, en la vida privada; Un crítico y un diamante; De potencia á potencia; Un jarro de agua fria.—*Grabados.*—La estatua de Calderon; Traje de Sara en *La Guerra Santa*; Plano de un teatro griego y de otro romano.

Conferencia agrícola sobre el tema siguiente: «Generalidades acerca de la poda, á partir del trasplante de un frutal,» dada en Zaragoza por el catedrático D. José Tristany, en los tres primeros domingos del mes de Marzo.—Un volumen en 4.º de 56 páginas.—Zaragoza: Imprenta del Hospicio provincial, 1880.

Por un acuerdo que honra en gran manera á la dignísima corporacion que le ha tomado, se publican en el *Boletín Oficial* de esta provincia las conferencias que, segun lo preceptuado por el Ministerio de Fomento, deben darse todos los días festivos en las capitales de España. Tal decision redundará en beneficio de las poblaciones rurales, máxime cuando las conferencias publicadas, como la que motiva estas líneas, versan sobre un tema interesantísimo para todos los agricultores, y están desempeñadas, con el lucimiento y sentido práctico que se observa en la del Sr. Tristany, que ha demostrado una vez más sus profundos conocimientos en la materia. El estilo es sencillo y adecuado, sin que por esto las ideas dejen de exponerse con la novedad y galanura que son necesarias para templar la avidez del asunto.

Terminamos dando nuestra más completa enhorabuena á la Diputacion provincial de Zaragoza por su oportuno acuerdo, y al señor Tristany por su bien pensada *Conferencia*, que es en todo digna de la distincion de que, en primer lugar, ha sido objeto.

Composicion latina ó curso práctico de version de castellano á latin, obra utilísima para las cátedras de esta asignatura en los Institutos, Seminarios y Colegios, por D. Luis Parral y Cristóbal, catedrático, por oposicion, en el Instituto de Teruel.—(Primer curso. Parte primera)—Un vol. en 4.º de 252 págs. Teruel: Imprenta de la Casa de Beneficencia.—1880. (1)

En el prólogo, despues de exponer las consideraciones que su profundo conocimiento en la lengua latina le sugieren, reivindica el autor, y con razon, á nuestro juicio, la forma original de este libro que sirve al alumno de gramática y de cuaderno de composicion á la vez. Para esto último intercala el Sr. Parral varias hojas en las que se leen nada más los casos de la declinacion: despues de cada uno deberá el alumno poner el nombre declinado en la forma y terminacion que le corresponda. El mismo procedimiento se emplea respecto á los verbos: á continuacion del modelo vienen tambien unas páginas en blanco destinadas á la copia de otros de la misma conjugacion.

La importancia y oportunidad de esta innovacion no se ocultará seguramente á los que al estudio y enseñanza del idioma del Lacio se dediquen, porque es de suponer que el alumno, siquier sea con el estímulo de llenar con acierto las páginas en blanco de su gramá-

(1) Se admiten suscripciones en la administracion calle del Rollo, núm. 2, 2.º izquierda. Madrid, á 3 pesetas trimestre en la corte y á 4 en provincias.

(2) Hállase de venta en Zaragoza, Librería de La Publicidad, calle de D. Jaime I, á 18 rs. ejemplar.

tica, estudiará asiduamente declinaciones y conjugaciones, y con mayor motivo mediante la ingeniosa prescripción del autor de exigir que se presente el libro en los exámenes.

De no menos bulto y trascendencia son las alteraciones que en el método seguido por el Sr. Parral se observan, si se compara aquel con el usado hasta hoy en los libros didácticos: así v. gr. en la *Analogía* despues de dedicar cuatro capítulos al artículo (que no existe en latín pero que se suple con las terminaciones como oportunamente indica el Autor), á los nombres *sustantivos* y *greco-latinos* y al *adjetivo*, en el quinto se trata de la *Concordancia*. A primera vista podría esto parecer poco metódico por pertenecer al estudio de la *sin-taxis* todo lo referente á concordancias, pero se halla justificado porque hay necesidad,—como con sumo acierto dice el *Curso práctico*,—de adelantar estas breves nociones, para saber unir las palabras.

En los capítulos que se dedican á los verbos, partes indeclinables, etcétera, notamos iguales diferencias, que prueban cómo el autor sabe romper, para mayor provecho de sus alumnos, con rutinas y procedimientos que hasta hoy eran generalmente admitidos. Tanta decisión, digna de estimarse en lo mucho que tiene de meritoria, nos agrada y ha hecho que ojeáramos con verdadero interés el libro del Sr. Parral. A este le tributáramos de muy buen grado nuestros elogios, si no los hicieran sospechosos para algunos las circunstancias de ser amigo personal nuestro y colaborador de la *Revista* el interesado. A pesar de todo nos atrevemos á recomendar á los profesores de latinidad la adquisición de este libro, en el que les aseguramos encontrarán mucho de nuevo y no poco que admirar.

No daremos fin á esta breve reseña sin dejar consignado que el Sr. Parral, aunque con preferencia se dedica á las trabajosas tareas didácticas, sigue el consejo de un preceptista clásico y «sacrifica á las Gracias» alguna vez, es decir, cultiva con igual fortuna el trato de las Musas, según lo prueba una poesía dedicada á *Cervantes* que nos ha remitido y que, por estar ya confeccionado este número, no ha podido tener cabida en él. No resistiremos sin embargo, á la tentación de copiar tres de las últimas estrofas de esta composición: en ellas se describe la agonía del infortunadísimo príncipe de los ingenios de la manera gráfica y desusada que observarán nuestros pacientes y queridos lectores:

«Agítanse las Parcas con místicos gemidos,
cubriendo densa niebla del orbe los espacios
copioso llanto invade los ojos doloridos
que vierten á raudales las perlas y topacios.

Gira los ojos trémulos, con nuevas contorsiones
fijando su mirada, cansada de vagar,
se agita el corazón por fuertes convulsiones,
y deja al alma libre, ansiosa de volar.

Quedó un cuerpo en la tierra, voló un espíritu al cielo,
cubren la losa fría flores y hojas fragantes,
la trompa de la fama grita por todo el suelo,
no murió, es inmortal, era Miguel Cervantes.»

Tissot.—*El Derecho penal* estudiado en sus principios, en sus aplicaciones y legislaciones de los diversos pueblos del mundo, ó Introducción filosófica é histórica al estudio del derecho penal. Version castellana de la edición de 1880, por J. Ortega García, y aumentada con notas y una biografía del autor, por A. García Moreno.—Tomo 1.º, un volumen en 4.º mayor de XXX-464 páginas.—Madrid, 1880. (1)

La *Biblioteca jurídica* de los Sres. Góngora y compañía, para no desmentir la acertada elección de obras que está publicando, ha empezado la del profundo y concienzudo profesor de Bourges que es la más extensa y meditada que en derecho penal conocemos. Literato y filósofo de envidiable renombre, Tissot puso el sello á su reputación con este libro, en cuyo elogio nos bastará consignar que ha sido premiado por la Academia francesa de Ciencias morales y políticas.

La version española es cuidadosa y esmerada como todas las de los Sres. García Moreno y Ortega García, que en el prólogo hacen constar que algunos juriconsultos españoles *admiradores* de Tissot, lo son hasta el punto «de copiar en sus obras originales bastantes trozos de la presente, sin cuidarse apenas de introducir modificación alguna», curiosa noticia que da idea de la escasa aprensión de algunos autores, así como de la valía de este libro, muy útil á todos los que á las tareas del foro, en general, se dedican, pero indispensable en nuestro concepto, á todos los criminalistas que no quieran permanecer estacionarios en el fecundo movimiento iniciado, en derecho penal, por los autores de las teorías que en su magnífico estudio expone Tissot detenidamente para hacer despues un exámen de ellas tan detenido como imparcial.

La falta de espacio y lo extensa que se va haciendo en este número la sección de *libros remitidos* nos impiden ocuparnos de este con la extension que merece, limitándonos á recomendarla de todas veras á nuestros lectores.

(1) Hállase de venta á 28 rs. ejemplar en casa de los Sres. Góngora y compañía, puerta del Sol, 13, (Madrid); y en la librería de Hijos de Heredia (plaza de La Seo, 2, Zaragoza.)

Recopilación de los Fueros y Observancias del antiguo reino de Aragón, por D. Emilio de la Peña, abogado del ilustre colegio de Zaragoza; obra precedida de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Joaquín Gil Berges.—Un vol. de XX-267 págs. Zaragoza: Imprenta del Hospicio provincial, 1880. (1)

A falta de la agotada y magistral obra sobre el mismo asunto escrita por los notabilísimos juriconsultos aragoneses, Sres. Franco y Guillen, y sin parar mientes en la últimamente publicada por el Sr. Blas y Melendo, que es, en nuestro concepto, un calco de la anterior hecho con sobra de precipitación y con falta de crítica, el libro que hoy nos ofrece el Sr. La Peña es de indisputable utilidad á todos los que en el territorio aragonés se dedican al honroso ejercicio de la abogacía, así como á los que desempeñan cargos judiciales de alguna importancia, porque en él se extractan *textualmente*, los fragmentos de nuestros *Fueros* y *Observancias* que se refieren á cada asunto ó cuestion jurídica.

El método seguido por el Sr. La Peña nos parece oportuno y apropiado: no menos digna de elogio es para nosotros la circunstancia de acompañar al libro las decisiones del *Tribunal Supremo* sobre cada una de las cuestiones de derecho y, por último, contribuye á dar más valor á la nueva publicación el magnífico prólogo, abundante y copioso en datos y doctrina del Excmo. Sr. D. Joaquín Gil Berges, que los lectores de la *Revista* conocen ya.

Biblioteca universal.—Tomo LVII.—Obras poéticas de Víctor Balaguer, precedidas de un prólogo de Rafael Ginard de la Rosa.—Un volumen en 12.º de 192 páginas.—Madrid 1880. (2)

La *Biblioteca universal* que ha tomado á su cargo la meritoria empresa de dar á conocer, poniéndolas al alcance de las más humildes fortunas, las producciones de los escritores nacionales y extranjeros de todos tiempos, acaba de dar á luz una breve pero selecta colección de las obras poéticas del Sr. D. Víctor Balaguer, autor sobre el que emitimos recientemente nuestra desautorizada aunque imparcial opinion. Esta circunstancia y la de haber tratado de algunas de las obras (las Tragedias) que forman parte de este volumen, disculpan que no hagamos un exámen tan detallado y detenido como merece, y que nos limitemos á aplaudir la excelente idea de los editores, merced á cuya solicitud é iniciativa se ha publicado este libro. En él figuran tambien correctamente vertidas al castellano algunas de las baladas nacionales, género en el que el Sr. Balaguer no cede en nuestro juicio á poetas tan insignes como los alemanes Burger y Uhland, según podrán observar nuestros lectores en las dos que copiamos en este mismo número. Mas no hemos de dejar sin protesta á fuer de aragoneses amantes de nuestras patrias glorias, el apasionado concepto que el Sr. Balaguer desliza en la titulada *Las cuatro barras de sangre*. «La barra del Derecho, dice, fué hecha pedazos por aquellos que, congregados en Caspe, quedaron ciegos á la luz por los sermones de un santo.» Juzgamos inexacta esta asercion tanto por el carácter especial de la monarquía aragonesa que bien podríamos considerar *electiva*, como por la inverosimilitud de que los preclaros juriconsultos catalanes, valencianos y aragoneses allí reunidos, se dejaran deslumbrar por lo que no fuera la luz de la verdad, el prestigio de la evidencia y la fuerza incontrastable de la equidad y de la justicia. Por eso el Parlamento de Caspe constituirá siempre uno de los más insignes y gloriosos recuerdos históricos de Aragón.

B. M.

La *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada* acaba de dar otro libro más, que es el 27 de la colección, y su título *Manual de Derecho Administrativo Popular*, por D. Francisco Cañamaque.

De su utilidad podrán juzgar nuestros lectores con sólo leer el índice de algunos capítulos.

Del Jefe del Estado.—Los ministros, Gobernadores, Alcaldes, Ayuntamientos, Diputaciones, Consejo de Estado.—Poblacion, Subsistencias, Policía sanitaria, Orden público.—Prisiones, Presidios, Beneficencia, Instrucción pública, Espectáculos.—Estado civil y político de las personas.—Libertad de imprenta.—Elecciones.—Servicio militar y naval.—Cargas municipales y provinciales.—Del mar y sus riberas, Aguas, Caminos y Obras públicas, y de Hierro, Puertos.—Contratos de servicios públicos.—Baldíos, Montes, Minas.—Caza y Pesca.—Propiedad literaria.—Agricultura, Ganadería, Industria, Comercio.—Contribuciones.—Servidumbres públicas.—Enagenacion forzosa, etc., etc.

La forma es igual á la de todos los de la *Biblioteca*; consta de un tomo de 240 páginas en 8.º, papel especial higiénico y clara impresion, completándolo una caprichosa cubierta al cromo.

Suscribiéndose á la *Biblioteca*, cada volumen cuesta *cuatro reales* y los tomos sueltos se venden á seis, en la Administracion, calle del Doctor Fourquet, 7, Madrid.

(1) Véndese á 9 pesetas ejemplar en la librería de las Hijas de Heredia.

(2) Hállase de venta á dos reales en la Administracion, calle de Leganitos, 18, 2.º, y en las principales librerías de España.